

El innatismo moderado y el concepto de naturaleza humana

Moderate innatism and the concept of human nature

Rodrigo Sebastián Braicovich*

CONICET / Universidad Nacional de Rosario

rbraicovich@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.20451536

Recibido: 11/11/2025 **Aceptado:** 05/05/2026

Resumen: El objetivo general del artículo consiste en examinar el concepto de naturaleza humana desde la perspectiva del innatismo moderado, contrastándolo con el innatismo radical y las posturas culturalistas. Frente a los enfoques radicales, que postulan rasgos conductuales universales y genéticamente determinados, el innatismo moderado propone la existencia de mecanismos psicológicos innatos, de influencia indirecta y potencial. Estos mecanismos psicológicos pueden ser modulados, regulados o incluso inhibidos por procesos de orden superior (condicionamiento y deliberación). El resultado es una concepción deflacionaria, pluralista y de esencialismo causal de la naturaleza humana, que explica la diversidad conductual sin renunciar a ciertas predisposiciones evolucionadas. Este marco evita el determinismo genético y se alinea con evidencias contemporáneas de la neurociencia y la evolución, ofreciendo una vía intermedia promisoría en el debate naturaleza versus cultura.

Palabras clave: innatism; human nature; evolutionism; psychological mechanisms.

Abstract: This article examines the concept of human nature through the lens of moderate innatism, contrasting it with both radical innatism and strong culturalist perspectives. It argues that while radical approaches—such as those in Evolutionary Psychology—postulate genetically determined, universal behavioral traits, moderate innatism proposes the existence of innate psychological mechanisms that are indirect and potential in their influence. These psychological mechanisms can be modulated, regulated, or even inhibited by higher-order processes such as conditioning and deliberation. The result is a deflated, pluralistic, and causal-essentialist conception of human nature, which accounts for behavioral diversity while acknowledging the role of evolved predispositions. This framework avoids the pitfalls of genetic determinism and aligns with contemporary evolutionary and neuroscientific evidence, offering a nuanced middle ground in the enduring nature-versus-culture debate.

Keywords: innatism; naturaleza humana; evolucionismo; mecanismos psicológicos.

* Argentino, Doctor en Humanidades y Artes con mención en Filosofía. Investigador Independiente (CONICET). <https://orcid.org/0000-0003-2785-7293>

1. Introducción

En 1748, David Hume ofrecía una de las descripciones más radicales y categóricas respecto de la existencia de la naturaleza humana [de aquí en más NH]:

Es universalmente admitido que hay una gran uniformidad en las acciones de los hombres de todas las naciones y edades, y que la naturaleza humana permanece la misma en lo que respecta a sus principios y operaciones. Los mismos motivos han producido siempre las mismas acciones; los mismos acontecimientos se siguen de las mismas causas. La ambición, la avaricia, el amor propio, la vanidad, la amistad, la generosidad, el espíritu cívico: estas pasiones, mezcladas en diferentes combinaciones y repartidas por la sociedad, han sido desde el principio del mundo, y siguen siendo, la fuente de toda acción y empresa que haya podido observarse en la humanidad. (EHU 8.1.7)¹

Casi trescientos años después, el consenso universal al que alude Hume se ha diluido fuertemente, y la evidencia respecto de la “gran uniformidad en las acciones de los hombres” sigue siendo una mera promesa. Desde una perspectiva conceptual, la idea misma de una NH aparece como una mera superstición (Ghiselin, 1997, p. 1), si consideramos los postulados centrales del evolucionismo (Hull, 1986), y al menos en el ámbito académico, como señalaba Ariel Petruccielli hace más de una década, “las invocaciones a la naturaleza humana gozan hoy de poco crédito” (2010, p. 39), tanto en el ámbito de la filosofía como en los de la psicología y la antropología. Aún así, la idea de que existe algo así como una NH no solo no ha desaparecido por completo de las discusiones teóricas (ni del imaginario popular) sino que ha experimentado una revitalización notable durante los últimos años, evidencia de lo cual es la publicación de las últimas obras de Rui Diogo (2022), Nancy Holmström (2024), Anna Horodecka (2022), Matteo

¹ “It is universally acknowledged, that there is a great uniformity among the actions of men, in all nations and ages, and that human nature remains still the same, in its principles and operations. The same motives always produce the same actions: The same events follow from the same causes. Ambition, avarice, self-love, vanity, friendship, generosity, public spirit; these passions, mixed in various degrees, and distributed through society, have been, from the beginning of the world, and still are, the source of all the actions and enterprizes, which have ever been observed among mankind.”

Mameli (2024), Marco Nathan (2024), Grant Ramsey (2023), Maxine Sheets-Johnstone (2023), y Rafael Yanushevsky (2021), por citar solo algunos autores.

Haciendo a un lado la pregunta acerca de las posibles razones, aun después de la grave crisis que atraviesan paradigmas como el de la Psicología Evolucionista, detrás de la negativa a renunciar a la búsqueda de una NH (algo que requeriría probablemente un abordaje de tipo sociológico), el objetivo de las siguientes páginas consistirá en ofrecer una reconstrucción de lo que podemos denominar como abordajes innatistas moderados en relación con el problema de la NH. Intentaré dejar esbozada la reconfiguración de este último concepto a la que obligan los abordajes moderados, los desafíos que se hallan todavía pendientes, y algunas posibles ventajas inherentes a la adopción de dichos abordajes en contraposición tanto con las variantes innatistas radicales como con los abordajes culturalistas de la NH.

2. El innatismo radical y la concepción fuerte de la naturaleza humana

Parafraseando parcialmente a Hume, podemos definir la concepción fuerte de la NH como el postulado relativo a la existencia de una regularidad marcada en las acciones de los seres humanos o, alternativamente, el postulado de que ante determinados escenarios existe cierto rango de respuestas que cabe esperar -con relativa certeza- por parte de los seres humanos, y que dicho rango de respuestas se halla determinado por el hecho de que existe un conjunto de tendencias, impulsos o instintos innatos que gobiernan, en última instancia, las conductas humanas. A esta primera idea cabe agregar la afirmación de que a pesar de que dichas tendencias, impulsos o instintos pueden ser modulados por procesos culturales, no pueden ser completamente suprimidos ni es posible confiar plenamente en la posibilidad de fomentar tendencias opuestas a aquellos. En otras palabras: a pesar de que la cultura puede silenciar o moderar ciertas tendencias innatas en los seres humanos, o aun aspirar a fomentar en ellos las tendencias contrarias, aquellas tendencias innatas tienen la suficiente fuerza como para eventualmente salir a la superficie y determinar la conducta efectiva de los sujetos². Desde Darwin en

² La dimensión política de esta premisa se hace particularmente evidente en autores como Ardrey, 1966, p. 207; Haidt & Bjorklund, 2008, pp. 201-202; Marcos, 2017, p. 104; Mosterín, 2011; Pinker, 2003, pp. 60-51; Somit &

adelante, autores provenientes principalmente del ámbito de la Sociobiología y la Psicología Evolucionista han propuesto agregar a la concepción fuerte de la NH un tercer elemento que se hallaba ausente en filósofos como Hume, Hobbes o Kant, a saber, la idea de que las tendencias, impulsos o instintos que componen la NH serían el resultado de un proceso de selección natural. A diferencia de abordajes previos, que partían del *factum* de la NH, sin preguntarse por su genealogía, la perspectiva evolutiva aspira a explicar por qué hemos nacido con las tendencias, impulsos o instintos que poseemos, siendo esa razón que la posesión de los mismos habría otorgado a los miembros de nuestra especie una ventaja adaptativa en comparación con aquellos organismos que no se hallaban dotados de tales tendencias.

Ahora bien: ¿qué se requeriría para demostrar la existencia de algo así como una cierta NH? En principio, cuanto menos, ofrecer evidencia en favor no solo de la existencia de patrones de conducta universales, sino también de estudios provenientes del ámbito de la neurología y de la genética que demuestren que dichos patrones de conducta poseen una base genética. En otras palabras, que las regularidades constatables a nivel conductual son causadas por la activación de ciertos circuitos neuronales específicos, y que el desarrollo invariable de dichos circuitos afectivos en los seres humanos es causado por factores genéticos. A su turno, una demostración satisfactoria del carácter adaptativo de esta arquitectura genético-neuronal-conductual exigiría proponer no solo una narrativa teórica plausible que argumente favor de dicho carácter (esto es, una *just-so-story*), sino la presentación de la evidencia empírica que respalde dichas hipótesis (algo particularmente complejo -o directamente imposible- en el caso de la Psicología Evolucionista, a causa de su postulado respecto del desfasaje temporal que establece entre el presente y el período en el cual dicha NH habría sido adaptativa). Como ha sido señalado por un número importante de autores, los problemas que actualmente atraviesan las explicaciones adaptacionistas de la NH son múltiples y de distintos órdenes: además de la falta de evidencia en favor de sus postulados universalistas, el recurso cada vez más cuestionable a una concepción antropocéntrica de la mente humana (i.e., que no reconoce el hecho de que ciertas conductas pueden ser expresión de módulos heredados de un pasado más remoto); la oscilación entre un adaptacionismo desfasado y un adaptacionismo ajustado; una concepción cuestionable de la velocidad de las adaptaciones singulares; la

imprecisión en el concepto de rasgo fenotípico o conductual; la arbitrariedad en la definición del supuesto problema adaptativo al que cada rasgo respondía inicialmente; y, en el caso específico de los abordajes que recurren a la tesis de la modularidad de la mente, la falta de especificación (conceptual y empírica) entre rasgo conductual, módulo y base genética (Buller, 2005, 2009; Dupré, 2003; Gray et al., 2003; Lloyd, 1999; McKinnon, 2005; Panksepp & Panksepp, 2000; Peters, 2013; Rellihan, 2012; Richardson, 2007; Rose, 2000; Smith, 2020; Tattersall, 2001).

Al presente, ninguno de los requisitos necesarios para demostrar la existencia de una naturaleza humana en sentido fuerte parece haber sido satisfecho: los estudios etnográficos dan cuenta más bien de la diversidad que de la regularidad en las acciones de los hombres, haciendo cada vez más difícil la defensa de la tesis de la uniformidad conductual, y haciendo de los abordajes culturalistas modelos de explicación y predicción más precisos que los abordajes biologicistas. Los estudios provenientes del ámbito de la neurología y la genética, por su parte, han tendido a abandonar, por reduccionistas y contrarios a la evidencia disponible hasta el momento, tanto los abordajes estrictamente localizacionistas en la descripción de la arquitectura cerebral como la pretensión de encontrar una relación directa entre genes aislados y rasgos fenotípicos complejos (como las conductas humanas), apostando en su lugar por modelos de redes neuronales distribuidas o de procesamiento predictivo, así como por abordajes que contemplen no solo la interacción entre múltiples genes sino también la relación entre factores genéticos y epigenéticos en el desarrollo del organismo. Si bien nada de esto impugna en sí mismo las aspiraciones explicativas y predictivas de las concepciones fuertes de la NH, las dificultades señaladas son suficientes para mostrar, en primer lugar, cuán lejos se encuentran dichas concepciones de haber sido definitivamente demostradas (como pretenden algunos de sus defensores más acérrimos como Steven Pinker, 2002, David Buss, 2020, o Jesús Mosterín, 2011), y, en segundo lugar, cuán complejas son las objeciones teóricas y metodológicas que todavía enfrentan y a las que no han podido dar respuestas satisfactorias.

3. El innatismo moderado y la concepción débil de la naturaleza humana

Los cuestionamientos a la concepción recién señalada, no obstante, no parecen necesariamente obligar a abandonar por completo, a la manera del existencialismo,

el concepto mismo de NH (siempre y cuando sea sometido a revisión): como han sostenido una serie de pensadores contemporáneos, sería posible, en efecto, defender una concepción débil de la misma, que admita restricciones importantes al potencial explicativo tradicionalmente atribuido a dicho concepto. Una concepción tal tendría como característica distintiva el hecho de dependería de una concepción innatista *moderada*, que postularía la existencia de ciertos Mecanismos Psicológicos innatos [MP, de aquí en adelante] que poseerían una base genética y un papel causal en las conductas humanas, pero no tan directo ni mecánico como el que les atribuye el innatismo radical. Dentro de los abordajes innatistas moderados se podrían incluir, entre otras, las reflexiones en torno a los fundamentos morales intuitivos por parte de Jonathan Haidt y su equipo (Graham et al., 2013; Haidt, 2012), a los mecanismos de regulación de la homeostasis (Damasio, 2019, 2021), a los circuitos neuronales propuestos inicialmente desde la fundación de la neurociencia afectiva (Panksepp, 1998, 2012), a los circuitos de supervivencia de (LeDoux, 2012, 2019), las emociones básicas (Izard, 2007), los afectos básicos (Lewis, 2008), y los sistemas innatos de valoración (Adolphs & Anderson, 2018)³.

A pesar de las marcadas diferencias entre estos abordajes, todos ellos pueden ser considerados innatistas en la medida en que postulan la existencia de ciertos MP que serían universales, poseerían una base genética, e intervendrían causalmente en las conductas humanas (en otras palabras, el cerebro humano no sería una mera *tabula rasa* a la espera de las inscripciones de la cultura, como pretenden las posiciones que niegan de plano la existencia de estructuras innatas⁴). Y todos ellos

³ Como se verá en lo que sigue, la forma en la que caracterizaré los abordajes innatistas moderados haría posible incluir dentro de dicho grupo aún modelos como el defendido por Averill (1982), quien suele ser considerado un proto constructorista (aun cuando su objetivo no haya sido contribuir al estudio de los componentes innatos de la acción humana, sino simplemente conceder su existencia).

⁴ En rigor, la postulación de mecanismos psicológicos innatos no constituye algo controversial en sí mismo: probablemente pocos estarían dispuestos a poner en duda que los seres humanos, como otras especies, nacemos provistos de ciertos mecanismos psicológicos que nos conducen a actuar de determinada manera en determinados escenarios (tal como una situación de inanición o deshidratación crónica). Tampoco presenta dificultades atribuir a dichos mecanismos un carácter adaptativo: si los seres humanos no nacióramos con ciertos mecanismos inconscientes que, ante desbalances homeostáticos importantes, nos conducen (casi ciegamente) a actuar de forma tal que el

serían variantes moderadas de innatismo en la medida en que niegan que la activación los dichos MP se siga necesariamente de la presencia de ciertos estímulos, fundamentalmente a causa del rol modulador que otorgan a los procesos de orden superior.

Con el fin de graficar tanto las diferencias como los puntos de contacto entre las distintas posiciones al interior de este grupo de innatistas moderados, sintetizaré brevemente en las siguientes páginas tres propuestas recientes: la teoría de los circuitos afectivos innatos de Jaak Panksepp, la teoría de los circuitos de supervivencia de Joseph Ledoux, y el abordaje de las emociones desde una perspectiva homeostática desarrollado por Antonio Damasio.

Tomando como punto de partida el abordaje propuesto en su libro seminal, *Affective Neuroscience* (1998), Jaak Panksepp desarrolló durante dos décadas una versión marcadamente evolucionista de innatismo moderado, que postulaba la existencia de un conjunto reducido de circuitos neuronales presentes ya en animales no humanos (particularmente en mamíferos pero también en ciertas especies de aves), que tendrían un carácter evolutivo, en la medida en que las conductas, emociones y sentimientos a los que daría lugar la activación de cada uno de dichos circuitos afectivos representaban estrategias exitosas para lidiar con un problema adaptativo. A modo de ejemplo, el circuito de la ira (*RAGE*⁵) estaría representado por un circuito que conecta las áreas mediales de la amígdala con áreas específicas del gris periacueductal, pasando por el hipotálamo medial, que estaría presente en la mayoría de los mamíferos, y sería el responsable de la activación de un conjunto de respuestas vinculadas, por ejemplo, con situaciones

balance homeostático se vea restituido, probablemente no habríamos sobrevivido como especie. Los problemas comienzan cuando se postula la existencia de mecanismos psicológicos innatos que van más allá de la mera preservación del balance homeostático, es decir, cuando se postula la existencia de mecanismos psicológicos vinculados, por ejemplo, con las relaciones intersubjetivas o con los juicios morales. Como se hace evidente a partir de la obra de Damasio (2019, 2021), no obstante, aun la mera tarea de determinar con precisión en qué consiste el equilibrio homeostático y qué tipo de escenarios lo ponen en peligro, constituye una tarea sumamente compleja (sino imposible, a raíz de cierta arbitrariedad inherente a la idea de desarrollo-*flourishing*- de un organismo).

⁵ Panksepp alude sistemáticamente a dichos circuitos mediante términos capitalizados (*RAGE*, *CARE*, *SEEK*, etc.) con el objetivo de distinguirlos de los fenómenos mentales específicamente humanos a los que designamos con términos de emociones como *anger*, *love*, *curiosity*, etc.

de frustración de objetivos, con la necesidad de implementar estrategias de defensa, o en escenarios de competencia por recursos. De acuerdo al autor, dicho circuito estaría activo en aquellas experiencias humanas tradicionalmente designadas como casos de resentimiento, irritabilidad, enojo o indignación, entre otros (Panksepp, 2011, p. 1799). Desde esta perspectiva, la comprensión de la vida emocional de los seres humanos requeriría la comprensión del funcionamiento de ciertos circuitos neuronales compartidos con el resto de los mamíferos, circuitos que preceden nuestra aparición en la tierra y que conectan nuestro presente con nuestro pasado evolutivo. A pesar de ello, y a diferencia de ciertos abordajes innatistas radicales, la propuesta de Panksepp establece dos límites importantes al potencial explicativo de los circuitos afectivos innatos: el primero de ellos concierne al hecho de que son raros los casos en los cuales la conducta de un sujeto pueda ser explicada a partir de la sola activación de un circuito afectivo (en particular después de los primeros años de vida)⁶; el segundo se vincula con el hecho de que, a diferencia de otras especies, en el caso de los seres humanos no solo existen procesos emocionales secundarios que pueden modular la activación espontánea de los circuitos afectivos (condicionamiento clásico, condicionamiento instrumental y operante, hábitos conductuales y emocionales), sino también funciones (de base neo-cortical) con un poder sustantivo de regulación de dichos circuitos.

En una deriva que lo acercó gradualmente a posiciones construccionistas, Joseph Ledoux propuso un abordaje alternativo para dar cuenta de los MP que explicarían (al menos en parte y bajo ciertas circunstancias) de los resortes internos de las conductas humanas: tomando distancia del modelo de los circuitos pankseppianos, Ledoux postuló la existencia de un conjunto de ‘circuitos de supervivencia’ innatos “que detectan estímulos biológicamente significativos y desencadenan respuestas corporales que ayudan a mantener al organismo vivo” (LeDoux, 2019, p. 344). Si bien en otras especies los comportamientos de supervivencia desencadenados por los circuitos de supervivencia adquieren ciertos

⁶ Como señala muy gráficamente Pantelis desde una perspectiva pankseppiana, difícilmente podemos hablar de la existencia de ‘*raw feelings*’ en humanos, dada la imbricación de los mismos con procesos de base cortical: “In humans, unlike animals, there is much more cortical elaboration of primary affective responses. Human consciousness is not only raw affect; human consciousness includes the cognitive elaboration of the affect to an unusually high degree. How one interprets one’s feelings at any given moment is a combination of one’s whole cognitive development in relation to the raw affect. A core affect can be interpreted/elaborated in completely different ways by different people” (Pantelis, 2019, p. 193).

desarrollos estereotípicos y rígidos (por ejemplo, respuestas de lucha, huida o congelación), en los seres humanos el panorama es mucho más complejo por varias razones: en primer lugar, porque poseemos capacidades de control deliberativo que pueden distorsionar, modular o hasta suprimir por completo la expresión de los comportamientos de supervivencia; en segundo lugar, porque las respuestas a los estímulos están mediadas por esquemas (*schemas*) en los que se cristalizan las interacciones pasadas del individuo con determinados conjuntos de estímulos, y que determinan el comportamiento final del mismo; por último, porque nuestra naturaleza de seres lingüísticos introduce una capa adicional que se halla ausente en otras especies, que es la de la conceptualización específica que realizamos de nuestra vida emocional, lo cual conduce a una diversidad de respuestas tan amplia como lo pueden ser las conceptualizaciones o los términos de emociones (enteramente históricos y culturales) mediante los cuales segmentamos el flujo fenoménico de nuestras emociones. En pocas palabras, si bien pueden poseer un papel activo en ciertas conductas humanas, “los circuitos de supervivencia influyen en, pero no determinan, el contenido de las experiencias emocionales” (LeDoux, 2019, p. 362)⁷.

Partiendo de un objetivo inicial distinto al de Panksepp y Ledoux, Antonio Damasio recurrió a una versión particular de innatismo moderado al momento de abordar el problema de la homeostasis entre el organismo y el entorno: de acuerdo al autor, los seres humanos nacemos con un conjunto de MP de base genética -a saber, las emociones (o, en rigor, la capacidad de experimentar emociones)- que fueron preservados por la selección natural por su valor adaptativo en la historia evolutiva que condujo al surgimiento de nuestra especie. El carácter adaptativo de ese “inconsciente genómico” (Damasio, 2010, p. 210) radicaría en el hecho de que operan como dispositivos homeostáticos, es decir, contribuyen a regular los procesos vitales y las interacciones con el entorno, conduciendo tanto al

⁷ Si bien Ledoux comparte la estrategia de Panksepp de distinguir taxativamente entre los circuitos y las emociones propiamente dichas (aquellos pueden co-formar a éstas, pero éstas no se agotan en aquellos), el contenido de las distinciones en ambos casos es distinto: en el caso de Panksepp, de lo que se trata es de distinguir, por un lado, los circuitos afectivos subcorticales y no necesariamente conscientes respecto de las emociones conscientes; en el caso de Ledoux, de lo que se trata es de negar a los circuitos cualquier tipo de fenomenología afectiva, dado que, de acuerdo al autor, es posible que dichos circuitos estén presentes en reptiles, anfibios, peces y otros vertebrados en los que no se halla desarrollada la corteza neofrontal.

mantenimiento como al desarrollo (*flourishing*) del organismo, sin necesidad de depender de procesos deliberativos conscientes. El carácter moderado del innatismo de Damasio radica, no obstante, en que si bien las emociones, de base primordialmente subcortical, influyen de manera decisiva en la toma de decisiones, el autor concede un papel regulatorio plurimodal a los procesos deliberativos asentados en las regiones corticales prefrontales (particularmente en la corteza prefrontal ventromedial -CPFVM-), en la medida en que dichos procesos pueden modular las respuestas emocionales primarias, inhibir o demorar la expresión de las mismas, y conducirnos a reinterpretar los estímulos iniciales, habilitando conductas alternativas a las que se habrían seguido de la aplicación de las heurísticas rápidas sugeridas por las emociones. En pocas palabras, los ‘patrones estereotipados de respuesta’ que caracterizan a otras especies y aún a los seres humanos durante los primeros años de la infancia devienen, a través de la socialización, formas de respuestas ‘no estereotípicas y personalizadas’ (Damasio, 1999, p. 294).

A pesar de las diferencias decisivas entre las posturas reseñadas (tanto conceptuales como en cuanto a la radicalidad con la que adhieren a cada premisa) es posible postular que entre los abordajes que hemos señalado como versiones moderadas de innatismo (que incluye además a Adolphs, Haidt, Izard y Lewis) existe un consenso mínimo al menos en cuanto a conceder que:

- los procesos de condicionamiento (procesos de segundo orden) poseen un rol sustancial en la regulación de los MP innatos, regulación que puede eventualmente conducir a la supresión completa de la expresión de aquellos;
- los procesos mentales de tercer orden (racionales, deliberativos) poseen un rol similarmente sustancial de modulación, regulación y hasta de inhibición de los MP innatos;
- el lenguaje posee un rol mediador a través del etiquetado (*labelling*) de cada expresión particular de un MP, etiquetado que depende de variables culturales y hasta peculiares de la biografía de cada individuo⁸.

⁸ A estos tres principios cabe agregar un cuarto que solo ha sido enfatizado y estudiado por algunos de los innatistas moderados (particularmente por (Lewis,

Estos principios mínimos son suficientes para hacer a un lado los aspectos más problemáticos de los innatismos radicales (la dificultad de explicar la diversidad cultural e histórica en cuando a las conductas y el determinismo genético sobre el que en última instancia parecen estar contruidos), concediendo al mismo tiempo un lugar decisivo a los procesos de segundo y tercer orden y al plano de la cultura en la modulación de las estructuras innatas postuladas como parte de la NH.

4. El innatismo moderado, la tesis de la modularidad y la especificidad de dominio

Un rasgo adicional compartido por el conjunto de los autores señalados como innatistas moderados (y que explica en buena medida la moderación inherente a los principios mínimos que acabo de señalar) es la negativa a recurrir a la tesis de la modularidad sobre la que las versiones más célebres del innatismo radical se hallaban contruidas⁹. Dicho rechazo se hace particularmente visible en el distanciamiento (total o parcial) respecto de dos elementos centrales de dicha tesis, a saber, el principio del *encapsulamiento informacional* y el de la *especificidad de dominio*. La impugnación implícita del primer principio se hace evidente con la concesión de un papel sustancial a los procesos mentales de tercer orden en relación con los MP: si éstos poseyeran la característica de estar informacionalmente encapsulados, los procesos de tercer orden no podrían operar sobre ellos ni para modularlos ni para conducir a una reinterpretación de los estímulos iniciales, algo que, como acabamos de ver, está lejos de ser el caso en el innatismo moderado.

El posicionamiento respecto del segundo principio, no obstante, es más complejo, dado que entre los innatistas moderados podemos encontrar dos grandes grupos a este respecto: por un lado, autores como Panksepp y Ledoux, quienes afirman que

2008), a saber, que los procesos de maduración y socialización producen en lapsos reducidos de tiempo un distanciamiento entre las respuestas estereotípicas que pueden desencadenar los MP (vg., los “*action programs*” de Damasio) y las conductas efectivas; en otras palabras, que solo durante los primeros años de un ser humano podemos asumir que asistimos a expresiones conductuales puras de los MP.

⁹ Cabe señalar que la actitud de los innatistas moderados ante la tesis de la modularidad no es uniforme: mientras algunos autores (como Ledoux) la rechazan explícitamente, otros autores (como Izard) simplemente han optado por otros modelos teóricos, mientras que otros (como Haidt) han abandonado en sus últimas obras el recurso inicial a dicha tesis.

los MP postulados por ellos no se hallan asociados con un dominio específico de estímulos; por otro lado, autores como Haidt, Izzard, Damasio, Lewis y Adolphs, que postulan la existencia de un dominio original de estímulos que desencadenarían la activación de los MP (sean emociones, afectos primarios o intuiciones), y la distinción entre dicho dominio y un dominio actual de estímulos (culturalmente determinado). La diferencia entre ambas posturas es esencial: para autores como Panksepp o Damasio los MP son *objectless*, en la medida en que pueden ser activados por *cualquier* estímulo que el individuo considere peligroso, atractivo o deseable (por poner solo tres ejemplos) o que sea percibido como una amenaza desde el punto de vista homeostático. Desde esta perspectiva, lo decisivo (y suficiente) es la clasificación de un estímulo como peligroso, deseable, etc., lo cual habilita en principio la posibilidad de modificar o inhibir la expresión de los MP (o, por el contrario, de estimular su expresión) operando sobre la evaluación (*appraisal*) que el sujeto realiza del estímulo. Pero si aquí el ámbito de lo innato se reduce a los MP en sí mismos, y no a los estímulos que los activan, en el caso de autores como Haidt y Adolphs, el ámbito de lo innato se expande para incluir el conjunto de escenarios o entidades (*'original triggers'* para Haidt, *'innate triggers'* para Adolphs) que espontáneamente activan los MP, y que se corresponden con los desafíos adaptativos que nuestra especie encontró en forma recurrente durante el período en el que se constituyó como tal. Si bien ambos autores conceden capacidad de control a los sujetos para regular o inhibir la expresión de los MP ante la aparición de un estímulo original, la postulación de un conjunto de estímulos originales presenta ciertos límites a lo posible, dado que parece conducir a admitir que debe existir algún tipo de relación entre los disparadores actuales y los originales (o entre los disparadores aprendidos y los innatos, en términos de Adolphs), dado que no todo puede volverse un disparador de los MP innatos.

5. El poder explicativo del innatismo moderado

Aun en las versiones que conceden no solo la existencia mecanismos psicológicos innatos, sino también de contenido *significativo* innato, el recorte que el innatismo moderado opera respecto de aquello que constituye lo innato conduce de manera inevitable a un interrogante fundamental: si, como pretenden los abordajes moderados, los MP poseen un papel causal solamente *indirecto y potencial* en las conductas humanas, en la medida en que pueden ser regulados, modulados e inhibidos por procesos de condicionamiento o por procesos deliberativos, ¿qué

ventajas ofrecería la comprensión de dichos MP al momento de comprender las conductas humanas concretas?

Frente a este interrogante se podrían ensayar dos respuestas: la primera de ellas concierne al hecho de que si bien los MP innatos pueden ser, en el caso más extremo, inhibidos por completo, también es posible que *no* lo sean, o que solo sean regulados pero no inhibidos. Si esto es así, una comprensión cada vez más precisa de los MP innatos y de sus bases neurofisiológicas conduciría a comprender algunos de los ingredientes (*building blocks*, para usar un término frecuente en la literatura anglosajona) que componen las conductas humanas y que son previos a los procesos de socialización del sujeto (aunque permeables en parte a estos últimos). Si la psicología del desarrollo y las neurociencias condujeran eventualmente a la construcción de modelos sólidos y convincentes (tanto desde el punto de vista teórico como metodológico) de descripción de los MP innatos, estaríamos entonces en mejores condiciones de comprender una parte importante de las acciones humanas. Más aún: si, como plantean los innatistas moderados, cada MP posee una base adaptativa, cabe esperar que el tipo de acciones en las que intervienen (en forma conjunta con otros procesos mentales) se vinculen con dominios esenciales de la vida humana, tales como, entre otros, las relaciones intersubjetivas, las evaluaciones morales, o las atribuciones de justicia. Demostrar que muchas de nuestras evaluaciones morales, por ejemplo, no se reducen a consideraciones racionales ni a juicios de origen cultural, sino que están atravesadas por MP innatos, pre-culturales y quizás hasta pre-humanos, o que una demanda de justicia plenamente articulada desde el punto de vista conceptual y argumentativo puede esconder en su seno la expresión de un mecanismo innato y programado de reacción ante la frustración, ciertamente puede conducir a una comprensión más precisa de vida mental humana y hasta de las instituciones culturales y jurídicas que los seres humanos han creado a lo largo de su historia.

Es necesario admitir, no obstante, que, considerando las exigencias metodológicas que implicaría demostrar la presencia de un MP en una acción en particular, el grado de influencia que el mismo posee en cada caso, o su interacción con procesos de tercer orden, cabe prever que los modelos innatistas moderados no podrán en un futuro cercano aspirar a mucho más que a proporcionar afirmaciones de tipo general respecto de la conducta humana, que podrán ser materia para la introspección y la discusión filosófica, o, en el mejor de los casos, para la elaboración de investigaciones de tipo experimental tendientes a demostrar en

condiciones de laboratorio la activación de un determinado MP en un contexto artificial.

6. Lo que queda de la naturaleza humana

Llegados a este punto, cabe abordar el segundo interrogante crucial: ¿a qué queda reducida la NH en los abordajes innatistas moderados? Una primera respuesta a este interrogante consistiría en admitir que, al menos en contraposición con los abordajes radicales, la propuesta moderada es marcadamente deflacionista, en la medida en que parecería reducir la NH a un conjunto de mecanismos psicológicos que pueden o no ser activados en ciertos escenarios pero que, aun en el caso afirmativo, pueden ser regulados o modulados por procesos de segundo o tercer orden. En este sentido, y a diferencia del determinismo (en última instancia genético, a pesar de las objeciones de Dennett, 2003) al que conducían los innatismos radicales, los abordajes moderados postulan únicamente lo que podríamos denominar como una *preeminencia tendencial por defecto*: en casos en los cuales no se hallen presentes procesos de condicionamiento (segundo orden) o deliberativos (tercer orden) que operen como reguladores o inhibidores de los MP, cabe esperar que en cierto tipo de escenarios las acciones humanas podrán ser explicadas como expresión de dichos mecanismos. En un horizonte tal, para demostrar que los MP postulados constituyen algo interesante desde el punto de vista explicativo y predictivo, sería necesario establecer con precisión, tanto desde el punto de vista conceptual como empírico, la relación exacta que existe entre los MP y los procesos de orden superior (es decir, cómo operan los procesos de condicionamiento y deliberativos sobre los MP), así como la capacidad de aquellos de inhibir a estos últimos. Y, contra lo que parecen creer algunos defensores de los abordajes moderados, estas son tareas todavía pendientes.

En un segundo sentido, sin embargo, la descripción de la conducta humana que es posible obtener a partir de la adopción de un abordaje innatista moderado puede poseer un valor importante desde una perspectiva supra individual, en la medida en que serviría para poder delinear de manera general cuáles son los ámbitos, dominios o escenarios típicos en los que cabe esperar, al menos de manera potencial, que las conductas tiendan a estar compuestas, entre otros factores, por ciertos mecanismos psicológicos innatos. La valoración que hagamos de las explicaciones innatistas moderadas dependerá de los problemas que esperamos que el estudio de la NH pueda resolver: si lo que pretendemos es un modelo teórico

que nos permita comprender (por distintos medios) los componentes específicos que integran una conducta específica, el abordaje moderado nos parecerá (al menos por el momento) sumamente inadecuado, en la medida en que establece mediaciones distorsivas entre los MP y la conducta efectiva del sujeto; si lo que pretendemos, por el contrario, es poder contar con una descripción general de las áreas en las que cabe esperar ciertas tendencias a actuar por defecto en ciertas direcciones, entonces los abordajes innatistas moderados pueden ofrecer una vía de exploración sumamente promisoría.

7. Debates contemporáneos en torno a las funciones del concepto de naturaleza humana

Como han mostrado Richard Samuels (2012) y Maria Kronfeldner (2018), el concepto de NH ha cumplido diversas (y no siempre conciliables) funciones a lo largo de la historia del pensamiento. Samuels, en particular, ha identificado cinco funciones centrales: *organizativa* (delimitar un área de investigación científica mediante la definición de un objeto de estudio empírico), *descriptiva* (precisar ciertas propiedades exclusivas de los seres humanos), *explicativa causal* (mostrar cómo esas propiedades causan determinados fenómenos), *limitativa* (mostrar cómo la NH define un rango de conductas posibles y excluye otras), y *taxonómica* (proporcionar un criterio que permita definir la pertenencia de un organismo a una determinada especie), constituyendo esta última función el núcleo más importante de los debates que se han producido en el ámbito del evolucionismo en torno a la (posibilidad o imposibilidad de demostrar la existencia de una) NH.

Los abordajes predarwinistas tendieron mayoritariamente a resolver el problema taxonómico recurriendo precisamente al concepto de NH, entendiendo por tal un conjunto de características que serían propias y exclusivas del ser humano y que servirían como *principium individuationis* de nuestra especie¹⁰. Dichas perspectivas

¹⁰ Ya en 1880 Darwin relevaba con cierta sorna la obsesión por la búsqueda de la diferencia antropológica, para luego poner en cuestión cada una de tales afirmaciones: “It has been asserted that man alone is capable of progressive improvement; that he alone makes use of tools or fire, domesticates other animals, possesses property, or employs language; that no other animal is self-conscious, comprehends itself, has the power of abstraction, or possesses general ideas; that man alone has a sense of beauty, is liable to caprice, has the feeling of gratitude, mystery, etc.; believes in God, or is endowed with a conscience” (Darwin, 1981, p. 41).

tendieron a asumir una posición esencialista (de cuño platónico o creacionista), que se expresaba en tres elementos: por un lado, una concepción holística y ontológica de la NH; es decir, una comprensión de la misma que ponía el énfasis en el conjunto de sus elementos, y no en cada uno de ellos por separado; el concepto mismo de NH no representaba, en estos abordajes, un mero rótulo para designar un conjunto, sino una especie de entidad en sí. El segundo elemento en el que se expresaba el carácter esencialista estaba representado por el hecho de que se atribuía a la NH un carácter fijo, y no dinámico ni históricamente determinado. El tercer elemento consistía en que se asumía que dicha naturaleza/esencia era lo que hacía de un organismo miembro de una especie; dicho de otro modo: un organismo pertenece a una especie si posee las características incluidas en la descripción provista de la naturaleza particular de dicha especie (Samuels, 2012, pp. 4-6).

Una de las consecuencias de la revolución iniciada por la obra de Darwin (no solo en la biología, sino también en la antropología filosófica) fue que condujo a una completa reconsideración del abordaje taxonómico anterior, obligando a abandonar las perspectivas esencialistas en favor de lo que Ernst Mayr denominaría en 1959 ‘pensamiento poblacional’ (*population thinking*), más interesado en destacar la posibilidad de las variaciones dentro de una especie antes que en poner el acento en las características compartidas (enfoque denominado por Mayr ‘pensamiento tipológico’). Mayr enfatizaba la distancia entre ambos abordajes de la siguiente forma: “Para el tipólogo, el tipo (*eidōs*) es real y la variación una ilusión, mientras que para el poblacionista el tipo (promedio) es una abstracción y solo la variación es real. No hay dos formas más diferentes de ver la naturaleza”¹¹ (Mayr, 1959, p. 2).

Partiendo de esta nueva perspectiva, la búsqueda de rasgos compartidos parecía volverse un camino infructífero, y eso es precisamente lo que un conjunto de críticos de los abordajes esencialistas (Dupré, 2003; Ghiselin, 1997; Sober, 1980) se encargó de enfatizar, al remarcar, siguiendo el artículo seminal de David Hull (1986) sobre el concepto de NH, que una especie no se define, desde un punto de vista evolucionista, por un *conjunto de rasgos compartidos*, sino por el aislamiento reproductivo y por el hecho de poseer un *linaje compartido*, haciendo de las características comunes un elemento inesencial o secundario para comprender una

¹¹ “For the typologist, the type (*eidōs*) is real and the variation an illusion, while for the populationist the type (average) is an abstraction and only the variation is real. No two ways of looking at nature could be more different”.

especie. Lo que hace que un ser humano pertenezca a la misma especie que otro, desde esta perspectiva, no es el hecho de que ambos posean la capacidad de lenguaje simbólico complejo, un particular desarrollo cortical o la capacidad de producir sopas enlatadas, sino el hecho de que ambos descienden de un antepasado común.

No obstante, si bien esto parecería conducir a una impugnación definitiva de la búsqueda de los rasgos compartidos que compondrían la NH, el fin del siglo XX anglosajón fue escenario de un renacimiento de los abordajes que, sin negar que la pertenencia a una especie se halla determinada por el linaje compartido (y sus límites intraespecies por el aislamiento reproductivo), otorgó validez al intento de determinar el contenido de la NH, aunque desde perspectivas novedosas. La más importante de ellas fue la teoría de los ‘agrupamientos de propiedades homeostáticas’ (*homeostatic property cluster*), desarrollada originariamente por Boyd (1989), que proponía entender los elementos que indicamos como pertenecientes a la naturaleza de una especie como el mecanismo que garantiza la estabilidad de un conjunto de propiedades contingentes que *tienden* a estar presentes de forma conjunta en un grupo de organismos, pero cuya presencia no es condición necesaria para que un organismo sea considerado miembro de una especie. Así, por ejemplo, si bien (el mecanismo subyacente a) la capacidad de realizar un hueco en un árbol en busca de alimentos es, por un lado, una capacidad típica de los pájaros carpinteros, la ausencia de (el mecanismo subyacente a) dicha capacidad en un espécimen determinado no lo excluye de dicha especie, siempre y cuando posea un linaje compartido con la misma; por otro lado, el hecho de que sea posible demostrar que los especímenes que pertenecen a ese linaje poseen en forma típica dicha capacidad es condición suficiente para incluirla como parte de la naturaleza de dicha especie.

Si bien propuestas iniciales como la de Boyd fueron sometidas a críticas sucesivas por autores como Ereshefsky (2010) por considerarlas como meras recaídas en un (neo)esencialismo debido a su abordaje holístico contrario a los principios del evolucionismo (las propiedades que componen la naturaleza de una especie se hallan equilibradas homeostáticamente por un mecanismo subyacente sobre el que recaerían nuevamente las críticas al esencialismo tradicional), dos modelos recientes han propuesto retener (con variaciones) las intuiciones centrales de aquellas primeras propuestas. Uno de ellos es el abordaje nomológico de Eduard Machery, que propone dos requisitos para que un determinado rasgo sea

considerado parte de la naturaleza de una especie, a saber, su carácter típico y evolucionado (*evolved typicality*):

La naturaleza humana no define la pertenencia a la especie humana: las propiedades que forman parte de la naturaleza humana no son necesarias ni suficientes por sí solas para ser humano. [...] Dado que las propiedades que pertenecen a la naturaleza humana no son definitivas, no todas las personas las poseen necesariamente. Aunque la capacidad de hablar forma parte de la naturaleza humana, no todas las personas son capaces de hablar, ya que el desarrollo de esta capacidad requiere la exposición al lenguaje. No todas las personas tienen reacciones de miedo, ya que la amígdala de algunas personas está dañada, como consecuencia de traumatismos cerebrales o trayectorias de desarrollo particulares. Lo que se requiere de las propiedades que forman parte de la naturaleza humana es que sean compartidas *por la mayoría de los seres humanos, como resultado de un proceso causal específico: la evolución de los seres humanos*. En relación con esto, las propiedades que forman parte de la naturaleza humana no tienen por qué ser poseídas únicamente por los seres humanos. Por ejemplo, al igual que los seres humanos, muchos animales reaccionan con miedo ante ruidos inesperados. Por último, las propiedades que forman parte de la naturaleza humana no son permanentes; la naturaleza humana puede cambiar. (Machery, 2008, pp. 323-324)¹²[Itálicas mías]

La postulación del carácter evolucionado de un rasgo para su consideración como parte de la naturaleza de una especie permite eludir el cargo de esencialismo (platónico), ofreciendo (o engiando) una explicación de tipo naturalista de dicho

¹² “Human nature does not define membership in the human species: the properties that are part of human nature are neither necessary nor jointly sufficient for being a human. [...] Because the properties that belong to human nature are not definitional, they are not necessarily possessed by all humans. Although the capacity to speak is part of human nature, not all humans are able to speak, because the development of this capacity requires exposure to language. Not all humans have fear reactions, because the amygdala of some humans is impaired, following brain traumas or particular developmental trajectories. What is required of the properties that are part of human nature *is that they be shared by most humans, as a result of a specific causal process—the evolution of humans*. Relatedly, the properties that are part of human nature do not have to be possessed only by humans. For instance, like humans, many animals react fearfully to unexpected noises. Finally, the properties that are part of human nature are not permanent; human nature might change”

rasgo que sea compatible con el criterio del linaje compartido como criterio de organización de las especies. La exigencia de tipicidad, por otra parte, permite eludir la crítica que cabe a los abordajes esencialistas respecto de su carácter excluyente o normalizante (lo que Kronfeldner, 2018, denomina el “desafío deshumanizante”), dado que no excluye del conjunto a especímenes que carecen de alguno(s) de los rasgos estipulados como estadísticamente típicos de dicho conjunto¹³.

Sin dejar de rescatar las virtudes del abordaje nomológico (a saber, que es compatible con un abordaje evolucionista al no comprometerse con una posición esencialista), Samuels señala que dicho abordaje no puede cumplir una de las funciones tradicionalmente asignadas al concepto de NH, a saber, su capacidad de explicar la *causa* de las regularidades observables en las conductas humanas, dado que el abordaje nomológico identifica sin más la NH con dichas regularidades. El ‘esencialismo causal’ propuesto por Samuels aspira a resolver ese problema reclutando, desde una perspectiva nomológica, el modelo de los ‘agrupamientos de propiedades homeostáticas’ de Boyd, lo cual permitiría eludir las críticas al esencialismo tradicional (adhiriendo a la concepción nomológica) al tiempo que se especifican las causas de las regularidades (adhiriendo al énfasis de Boyd en el mecanismo causal que garantiza la estabilidad en el tiempo de ciertos agrupamientos de propiedades). Desde esta perspectiva, la NH sería “un conjunto de mecanismos proximales empíricamente detectables —una esencia causal— que explica causalmente las diversas regularidades psicológicas que componen nuestra naturaleza nomológica¹⁴” (Samuels, 2012, p. 23).

¹³ Sin impugnar dicho abordaje, Mameli señala, la dificultad inherente en el concepto de ‘tipicidad’: “Statistical typicality is a vague notion. How frequent does a variant need to be in order to be statistically typical? There is no non-arbitrary cut-off point, but for practical purposes it can be stipulated that a variant is statistically (species) typical if it is present, say, in at least 90 percent of extant species members. Another consideration has to do with how organisms change as they progress in their life cycle. For example, most human children do not babble at birth, but they start babbling within the first few months of life; the babbling starts fading during the second year of life, as recognizable words take its place. Therefore, babbling itself is not statistically typical in humans, but babbling during the first few years of life is statistically typical in our species” (Mameli, 2024, p. 82).

¹⁴ “Human nature is a suite of empirically discoverable proximal mechanisms – a causal essence – that causally explains the various psychological regularities that comprise our nomological nature”.

8. El innatismo moderado y la naturaleza humana

En líneas generales, se podría afirmar que la posición de los innatistas moderados frente al problema conceptual de la NH parece haber sido optar por una identificación directa y superficial entre los MPs estudiados por cada uno de ellos y la NH; esta última no sería más que la suma total de aquellos (sin propiedades emergentes ni articulación organística entre los distintos MPs). En cierto sentido, la ausencia de discusiones explícitas respecto de lo que se entiende por NH o de referencias a los debates que han involucrado a Boyd, Machery, Samuels, Hull, etc., probablemente puede ser explicada por el hecho de que lo que ocupa a los innatistas moderados no es el problema taxonómico (i.e, determinar en qué sentido la NH puede funcionar como *principium individuationis* de nuestra especie), sino el problema descriptivo (i.e, determinar las características de la NH). Más aún, a pesar de que no son pocas las ocasiones en las que los innatistas moderados hacen uso explícito del término ‘naturaleza humana’ (particularmente Panksepp, Haidt y Damasio), cabe remarcar que, en principio, la relación entre dichos elementos no necesariamente es de implicación mutua: si bien es probable que toda apelación a la NH presuponga la existencia de MP innatos, lo inverso no necesariamente se sostiene, dado que es posible postular la existencia de MPs innatos sin necesariamente postular la existencia de una NH. (No es casual, en este sentido, la virtual ausencia de referencias al concepto de NH en Adolphs y Lewis, que son precisamente los dos autores que más lugar hacen al desarrollo madurativo en la constitución de los MPs estudiados por cada uno).

En un sentido más fuerte, la preservación de la independencia de ambos conceptos (NH y MPs) es importante para no confundir el papel que juega la selección natural en la determinación de los MP que componen la NH: cuando los defensores del innatismo moderado apelan a la perspectiva evolutiva, se limitan a afirmar que es probable que cada uno de los MPs postulados, *tomado en forma aislada*, posea un carácter adaptativo, y no la totalidad de los mismos *como conjunto* (a diferencia, presumiblemente, de Boyd y Samuels). Si los seres humanos poseen un mecanismo innato que les permite lidiar con un cierto desafío vital, ello se debe -de acuerdo a estos abordajes- a que la posesión de ese mecanismo *en particular* ofrecía una ventaja adaptativa comparativa a sus poseedores iniciales (sean o no del linaje *homo*), pero su carácter adaptativo no depende de su coexistencia con otros MPs. En otras palabras, lo que habría sido objeto de la selección natural serían los

MPs tomados en forma aislada, y el no el conjunto de ellos, conjunto al que convenimos en denominar, por una cuestión meramente práctica, como NH¹⁵.

Pero si bien el nominalismo que caracteriza el recurso de los innatistas moderados al concepto de NH parecería conducirnos a desestimar la necesidad de abordar los debates teóricos relativos a dicho concepto, visitar dichos debates desde la perspectiva del innatismo moderado puede contribuir no solo a una sistematización más precisa de los fundamentos de este último, sino también a un enriquecimiento del debate mismo. Esto se debe a que, tomados como totalidad, los abordajes innatistas moderados parecen adherir (o son compatibles con) una concepción de la NH que podríamos denominar como ‘esencialismo causal pluralista (nominalista)’, y a la que podríamos caracterizar como sigue:

- Como producto del proceso evolutivo a través del cual nuestra especie se configuró como tal, un conjunto contingente y variable de mecanismos psicológicos (que ofrecen -u ofrecían¹⁶- respuesta a escenarios recurrentes vinculados con la supervivencia) pasó a formar parte (estadísticamente) de nuestra herencia genética por su carácter adaptativo. [*innatismo; adaptación; tipicidad*]

¹⁵ Se podría argumentar que si cada uno de los elementos que componen un conjunto posee carácter adaptativo, entonces la totalidad también lo tendrá. En un primer sentido, dicha conclusión sería *innecesaria*, en la medida en que los innatistas moderados no proponen un análisis de la NH como totalidad, sino de los mecanismos individuales que la componen, cuyo carácter adaptativo es independiente de su presencia en nuestro linaje, siendo probable que muchos de ellos hayan sido objeto de la selección natural en antepasados lejanos de nuestra especie. En un segundo sentido, la proyección del carácter adaptativo a la totalidad de la NH sería directamente *falsa*, dado que eso supondría hipostasiar la totalidad, otorgándole una entidad que ninguno de los defensores del innatismo moderado le otorga. La NH, cabe insistir, no representa para los innatistas moderados más que un término elegido para designar un conjunto de elementos individuales que, en tanto conjunto, podría haber estado compuesto de forma distinta (con más o menos elementos, o con otros completamente distintos).

¹⁶ En esta dualidad se juega el énfasis variable que algunos innatistas moderados ponen sobre la posibilidad de la pérdida, con el abandono de las condiciones que caracterizaban el Pleistoceno, del carácter adaptativo que los MPs poseían originariamente, o aún su transformación en mecanismos potencialmente maladaptativos.

- Dicho proceso no se dio en forma sincrónica, sino escalonada. Los MPs poseen, en otras palabras, distintas edades: algunos de ellos pueden haber surgido en los primeros mamíferos (o aun en ciertas especies de aves), otros pueden haber surgido durante el período de existencia de nuestro antepasado común con los chimpancés y bonobos, y otros durante el período más próximo de hominización.
- El carácter adaptativo de los MPs no se predica de ellos como totalidad, sino en forma aislada: es cada uno de ellos el que ofrece una ventaja adaptativa, y no el conjunto de ellos tomados como totalidad. [*nominalismo*]
- No hay razones para asumir instancias de coordinación entre los distintos mecanismos que garanticen el carácter adaptativo de los mismos. [*pluralismo*¹⁷]
- Algunas conductas humanas pueden ser explicadas, al menos parcialmente, como expresión de un MP innato. [*esencialismo causal*]
- Los MPs pueden ser regulados, modulados o inhibidos por procesos de condicionamiento y de deliberación.
- La cercanía entre una conducta específica y las respuestas estereotípicas que cada MP codifica está determinada no solo por la edad del individuo, sino también por los procesos de regulación, modulación e inhibición que operan en cada caso.

Por último, y tomando en cuenta la velocidad del proceso evolutivo (es decir, la velocidad con la que una mutación adaptativa puede diseminarse en una población hasta volverse dominante), cabe aventurar que el conjunto de MPs que actualmente caracteriza estadísticamente a los seres humanos como especie seguirá

¹⁷ Si bien el pluralismo latente en esta postura, que se distancia de posiciones como las de Boyd y de Samuels, parece acercarla a la propuesta reciente de Kronfeldner (2018), la diferencia esencial entre ambas es que los abordajes innatistas moderados prestan escasa atención a los procesos de evolución cultural. Esto no significa, sin embargo, que ambos abordajes sean incompatibles, dado que los innatistas moderados no niegan el papel de la evolución cultural, sino que se limitan a explorar la dimensión biológica.

haciéndolo durante algunos siglos, y, en función de ello, cabe denominar a dicho conjunto de MPs como NH.

La concepción sintetizada hasta aquí puede cumplir con cuatro de las cinco funciones tradicionalmente atribuidas (de acuerdo a Samuels) al concepto de NH: *organizativa*, en la medida en que define un segmento de la realidad como objeto de investigación científica (i.e., los MPs innatos); *descriptiva*, en la medida en que ayuda a caracterizar procesos fundamentales que operan en las conductas exclusivamente humanas; *explicativa causal*, en tanto explica algunos de los procesos que intervienen causalmente en dichas conductas; *taxonómica*, en la medida en que el carácter adaptativo garantiza la pertenencia a la especie mediante un linaje compartido. Lo que dicha concepción no puede hacer, sin embargo, es cumplir una función *limitativa*, en la medida en que otorga un papel decisivo a los procesos de segundo y tercer orden, volviendo con ello imposible descartar futuros posibles.

9. Conclusiones

Los objetivos centrales que han estructurado las páginas precedentes han sido tres: en primer lugar, realizar un relevamiento inicial de ciertos abordajes innatistas a los que cabe denominar moderados, particularmente en relación con la pregunta acerca de la existencia de una NH. A este fin he intentado mostrar que el abandono (por parte de autores como Damasio, Haidt, Adolphs, Ledoux, Panksepp, Izard o Lewis) de los postulados de las concepciones innatistas radicales no conduce necesariamente al abandono del concepto de NH, aunque sí conduce a una reconceptualización del mismo: lejos del determinismo propio de los abordajes radicales (y su problemática adhesión al postulado de la virtual uniformidad de base de las acciones humanas), los abordajes moderados entienden la NH como la suma de un conjunto de mecanismos psicológicos innatos (y -originariamente-adaptativos) que pueden ser regulados, modulados y hasta inhibidos por procesos de segundo y tercer orden (condicionamiento y deliberación, respectivamente), y que, en consecuencia, solo pueden explicar parcialmente algunas de las conductas humanas. Las capacidades explicativas y predictivas de esta concepción débil de la NH, desde ya, se ven reducidas en comparación con los abordajes radicales, en la medida en que el papel que los abordajes moderados otorgan a los procesos de segundo y tercer orden es sustancialmente mayor que en las concepciones

moderadas, pasando a ser cada mecanismo psicológico innato uno de los tantos ingredientes que componen los resortes últimos de las acciones humanas.

El segundo objetivo del artículo ha consistido en sugerir que la adopción de un abordaje innatista moderado conduce a una reducción del potencial explicativo del concepto de NH si lo que esperamos del mismo es la capacidad de explicar conductas particulares específicas. Si a lo que aspiramos, no obstante, es a comprender cómo la herencia evolutiva de nuestra especie puede definir ciertas tendencias potenciales a actuar por defecto ante cierto tipo de escenarios, entonces los abordajes moderados pueden representar una alternativa atractiva, particularmente para quienes creen que el concepto de NH no necesariamente debe ser descartado (al menos no todavía), e intuyen que es posible que efectivamente exista una cierta base universal debajo de la enorme y compleja diversidad de conductas que la historia de nuestra especie nos ofrece como espectáculo. Los abordajes moderados, desde esta perspectiva, se ubican en una perspectiva privilegiada, en la medida en que escapan, por un extremo, a las críticas tradicionales a los abordajes radicales, mientras que, por el otro extremo, se distancian de las posiciones culturalistas que niegan todo valor al estudio de la NH¹⁸. El diablo está en los detalles, por supuesto, y la capacidad explicativa de los abordajes moderados en el futuro dependerá de la precisión con la que puedan articular la elaboración de modelos teóricos con la evidencia proveniente de los ámbitos de la neurología y la genética.

El último objetivo del artículo ha consistido en proponer un diálogo entre el concepto específico de NH que, según he propuesto, subyace a (o es compatible con) los abordajes innatistas reseñados, y los debates que han tenido lugar en las

¹⁸ Cabe insistir respecto del hecho de que los abordajes innatistas moderados (al menos los reseñados en estas páginas) permanecen inmunes a las objeciones realizadas a lo largo de las últimas décadas a las concepciones esencialistas de la NH (Ghiselin, 1997; Hull, 1986; Machery, 2008; Samuels, 2012), en la medida en que no postulan la existencia de una NH en tanto entidad natural, sino meramente la existencia de ciertos mecanismos psicológicos innatos que, tomados en conjunto, pueden ser denominados, con *finis puramente prácticos*, como NH. Ninguno de los innatistas moderados, en este sentido, ha atribuido al concepto de NH ninguno de los rasgos que tradicionalmente se ha atribuido a la misma en los abordajes esencialistas (*specificity, typicality, fixity, normalcy*, en términos de Kronfeldner (2018) ni ha postulado que la NH como totalidad orgánica posea un carácter adaptativo, sino solo sus componentes (es decir, los MP).

últimas décadas en torno al concepto de NH. Como he intentado mostrar, a partir del análisis de los innatismos moderados es posible extraer una alternativa teórica que, hasta donde sé, no ha sido contemplada en dichos debates, a la que he denominado, por una cuestión meramente práctica, ‘esencialismo causal pluralista (nominalista)’, y que propone designar como NH al conjunto contingente y variable de mecanismos psicológicos innatos de los seres humanos, y que entran en una relación compleja con los procesos de segundo y tercer orden (condicionamiento y deliberación, respectivamente) en cada acción humana.

La concepción (débil) de la NH que queda así delineada posee ciertos aspectos que la vuelven un candidato interesante en los debates contemporáneos. En primer lugar, se halla libre de las dificultades que enfrentan las concepciones fuertes de la NH al momento de explicar la diversidad de conductas humanas, diversidad que los innatistas moderados explican como resultado de la interacción entre los MPs y los procesos de orden superior (que representan el costado de la cultura en el viejo debate entre naturaleza y cultura).

En segundo lugar, elude una objeción específica que Hull dirige a las concepciones fuertes de la NH respecto del carácter no adaptativo de una NH que determine una sola alternativa de acción codificada genéticamente (es decir, reacciones estereotípicas y no sensibles a procesos de orden superior): “Si la variabilidad es esencial para las especies, entonces se deduce que la especie humana debería ser variable, tanto genética como fenotípicamente, y así es. Que el *homo sapiens* presente una variabilidad considerable no es una característica accidental de nuestra especie” (Hull, 1986, pp. 10-11)¹⁹. La concepción débil de la NH defendida por el innatismo moderado garantiza la variación (fenotípica) en función del papel de modulación e inhibición que otorga a los procesos de orden superior, haciendo innecesario recurrir a la variabilidad genética.

Por último, al no poseer aspiraciones taxonómicas (al menos no como objetivo declarado²⁰), la concepción débil de la naturaleza humana permanece inmune a lo

¹⁹ “If variability is essential to species, then it follows that the human species should be variable, both genetically and phenotypically, and it is. That *homo sapiens* exhibits considerable variability is not an accidental feature of our species.”

²⁰ Como señalé más arriba, que dicha aspiración no figure explícitamente entre los objetivos declarados de los innatistas moderados no significa que la concepción

que Kronfeldner ha denominada “el desafío deshumanizante”, en la medida en que se limita a establecer afirmaciones de tipo probabilístico respecto de la posesión por parte de un individuo de alguno(s) de los MP(s) indicados como elementos de la NH, renunciando a cualquier aspiración normalizante y excluyente.

A pesar de dichas virtudes, como he señalado, el desafío principal que enfrenta todavía el innatismo moderado radica en la necesidad de proponer modelos teóricos (alineados con evidencia empírica proveniente de la genética y la neurología) que expliquen en forma precisa la relación entre los MPs y los procesos de orden superior. Alcanzar ese objetivo no es tarea sencilla, desde ya, pero pondría a los abordajes innatistas moderados en una situación inédita en la historia del pensamiento en cuanto a la capacidad de arrojar luz sobre la conducta humana.

débil de la NH delineada en estas páginas no pueda cumplir esa función, la cual queda garantizada por el carácter hereditario de los MPs innatos (que implican un linaje compartido).

Referencias

- Adolphs, R., & Anderson, D. J. (2018). *The neuroscience of emotion: A new synthesis*. Princeton University Press.
- Ardrey, R. (1966). *The Territorial Imperative: A Personal Inquiry Into the Animal Origins of Property and Nations*. Atheneum.
- Averill, J. R. (1982). *Anger and aggression: An essay on emotion*. Springer.
- Boyd, R. (1989). What realism implies and what it does not. *Dialectica*, 43(1-2), 5-29. <https://doi.org/10.1111/j.1746-8361.1989.tb00928.x>
- Buller, D. J. (2005). *Adapting Minds. Evolutionary Psychology and the Persistent Quest for Human Nature*. MIT Press.
- Buller, D. J. (2009). Four Fallacies of Pop Evolutionary Psychology. *Scientific American*, 300(1), 74-81. <https://doi.org/10.1038/scientificamerican0109-74>
- Buss, D. M. (2020). Evolutionary psychology is a scientific revolution. *Evolutionary Behavioral Sciences*, 14(4), 316-323. <https://doi.org/10.1037/ebs0000210>
- Damasio, A. R. (1999). *The feeling of what happens. Body, emotion and the making of consciousness*. Harcourt Brace.
- Damasio, A. R. (2010). *Self comes to mind: Constructing the conscious brain*. Pantheon Books.
- Damasio, A. R. (2019). *The strange order of things: Life, feeling, and the making of the cultures*. Vintage Books.
- Damasio, A. R. (2021). *Feeling & knowing: Making minds conscious*. Pantheon Books.
- Darwin, C. (1981). *The descent of man, and selection in relation to sex*. Princeton University Press.
- Dennett, D. C. (2003). The mythical threat of genetic determinism. *Chronicle of Higher Education*, 49(12), B7-B9.
- Diogo, R. (2022). *Meaning of Life, Human Nature, and Delusions: How Tales about Love, Sex, Races, Gods and Progress Affect Our Lives and Earth's Splendor*. Springer International Publishing. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-70401-2>
- Dupré, J. (2003). On human nature. *Human Affairs*, 13(2), 109-122. <https://doi.org/10.1515/humaff-2003-130203>
- Ereshefsky, M. (2010). What's Wrong with the New Biological Essentialism. *Philosophy of Science*, 77(5), 674-685. <https://doi.org/10.1086/656545>
- Ghiselin, M. T. (1997). *Metaphysics and the origin of species*. State University of New York Press.

Graham, J., Haidt, J., Koleva, S., Motyl, M., Iyer, R., Wojcik, S. P., & Ditto, P. H. (2013). Moral Foundations Theory: The pragmatic validity of moral pluralism. En *Advances in Experimental Social Psychology* (Vol. 47, pp. 55-130). Elsevier. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-407236-7.00002-4>

Gray, R. D., Heaney, M., & Fairhall, S. (2003). Evolutionary psychology and the challenge of adaptive expansion. En K. Sterelny & J. Fitness (Eds.), *From mating to mentality: Evaluating evolutionary psychology* (pp. 247-268). Psychology Press.

Haidt, J. (2012). *The righteous mind: Why good people are divided by politics and religion*. Vintage Books.

Haidt, J., & Bjorklund, F. (2008). Social Intuitionists answer six questions about Moral Psychology. En W. Sinnott-Armstrong (Ed.), *Moral Psychology* (Vol. 2, pp. 181-218). MIT Press.

Holmström, N. (2024). *From a Marxist Feminist Point of View: Essays on Freedom, Rationality and Human Nature*. Brill. <https://doi.org/10.1163/9789004703292>

Horodecka, A. (2022). *Human nature in modern economics: Structure, change and perspectives*. Routledge.

Hull, D. L. (1986). On Human Nature. *PSA: Proceedings of the Biennial Meeting of the Philosophy of Science Association, 1986*, 3-13.

Izard, C. E. (2007). Basic Emotions, Natural Kinds, Emotion Schemas, and a New Paradigm. *Perspectives on Psychological Science*, 2(3), 260-280. <https://doi.org/10.1111/j.1745-6916.2007.00044.x>

Kronfeldner, M. E. (2018). *What's left of human nature? A post-essentialist, pluralist, and interactive account of a contested concept*. MIT Press.

LeDoux, J. E. (2012). Rethinking the Emotional Brain. *Neuron*, 73(4), 653-676. <https://doi.org/10.1016/j.neuron.2012.02.004>

LeDoux, J. E. (2019). *The Deep History of Ourselves: The Four-Billion-Year Story of How We Got Conscious Brains*. Viking.

Lewis, M. (2008). The Emergence of Human Emotions. En M. Lewis, J. M. Haviland-Jones, & L. F. Barrett (Eds.), *Handbook of Emotions* (3.^a ed., pp. 304-319). The Guilford Press.

Lloyd, E. A. (1999). Evolutionary Psychology: The Burdens of Proof. *Biology and Philosophy*, 14(2), 211-233. <https://doi.org/10.1023/a:1006638501739>

Machery, E. (2008). A Plea for Human Nature. *Philosophical Psychology*, 21(3), 321-329. <https://doi.org/10.1080/09515080802170119>

Mameli, M. (2024). *Why Human Nature Matters: Between Biology and Politics*. Bloomsbury Academic. <https://doi.org/10.5040/9781350189782>

Marcos, A. (2017). Antropotecnias y naturaleza humana. En J. Sanmartín Esplugues & R. Gutiérrez Lombardo (Eds.), *Técnica y ser humano* (pp. 101-130). Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.

Mayr, E. (1959). Darwin and the evolutionary theory in biology. En B. J. Meggers (Ed.), *Evolution and anthropology: A centennial appraisal* (pp. 1-10). Anthropological Society of Washington.

McKinnon, S. (2005). *Neo-liberal genetics: The myths and moral tales of evolutionary psychology*. Prickly Paradigm Press.

Mosterín, J. (2011). *La Naturaleza humana*. Espasa.

Nathan, M. J. (2024). *The quest for human nature: What philosophy and science have learned*. Oxford University press.

Panksepp, J. (1998). *Affective neuroscience: The foundations of human and animal emotions*. Oxford University Press.

Panksepp, J. (2011). The basic emotional circuits of mammalian brains: Do animals have affective lives? *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, 35(9), 1791-1804. <https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2011.08.003>

Panksepp, J. (2012). A Synopsis of Affective Neuroscience—Naturalizing the Mammalian Mind. *Journal of Consciousness Studies*, 19(3-4), 6-18.

Panksepp, J., & Panksepp, J. B. (2000). The seven sins of evolutionary psychology. *Evolution and cognition*, 6(2), 108-131.

Pantelis, E. (2019). *Human subjective homologues of established basic emotion correlations in lower mammals: A neuro-psychoanalytic study* [Tesis Doctoral]. University of Cape Town.

Peters, B. M. (2013). Evolutionary psychology: Neglecting neurobiology in defining the mind. *Theory & Psychology*, 23(3), 305-322. <https://doi.org/10.1177/0959354313480269>

Petruccioli, A. (2010). *Materialismo histórico: Interpretaciones y controversias*. Prometeo Libros.

Pinker, S. (2002). *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*. Penguin.

Pinker, S. (2003). *La tabla rasa: La negación moderna de la naturaleza humana*. Paidós.

Ramsey, G. (2023). *Human Nature*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108685481>

Rellihan, M. (2012). Adaptationism and adaptive thinking in evolutionary psychology. *Philosophical Psychology*, 25(2), 245-277. <https://doi.org/10.1080/09515089.2011.579416>

Richardson, R. C. (2007). *Evolutionary psychology as maladapted psychology*. MIT Press.

Rose, H. (Ed.). (2000). *Alas, poor Darwin: Arguments against evolutionary psychology*. Vintage.

Samuels, R. (2012). Science and Human Nature. En C. Sandis & M. J. Cain (Eds.), *Human nature* (pp. 1-28). Cambridge University Press.

Sheets-Johnstone, M. (2023). The Importance of Evolution to Understandings of Human Nature. En *The Importance of Evolution to Understandings of Human Nature*. Brill. <https://brill.com/display/title/64177>

Smith, S. E. (2020). Is Evolutionary Psychology Possible? *Biological Theory*, 15(1), 39-49. <https://doi.org/10.1007/s13752-019-00336-4>

Sober, E. (1980). Evolution, Population Thinking, and Essentialism. *Philosophy of Science*, 47(3), 350-383.

Somit, A., & Peterson, S. A. (Eds.). (2003). *Human nature and public policy: An evolutionary approach*. Palgrave Macmillan.

Tattersall, I. (2001). Evolution, Genes, and Behavior. *Zygon*, 36(4), 657-666. <https://doi.org/10.1111/0591-2385.00389>

Wehner, P., & Brooks, A. C. (2011). *Wealth & Justice: The Morality of Democratic Capitalism*. AEI Press.

Wilson, J. Q. (1997). *The moral sense*. Free Press.

Wright, R. (1994a). *The Moral Animal: The New Science of Evolutionary Psychology*. Pantheon Books.

Wright, R. (1994b, noviembre 28). Feminists, meet Mr. Darwin. *New Republic*, 34-41.

Yanushevsky, R. (2021). *Sociology, Politics, and Human Nature*. Peter Lang.